

The background of the page is a complex abstract geometric composition. It features a variety of overlapping shapes, including triangles, squares, and circles, in shades of black, white, and gray. The composition is dense and layered, creating a sense of depth and movement. The overall style is reminiscent of mid-20th-century abstract art.

# LA EUCARISTIA: LA COMIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

EDUARDO J. ORTIZ

## **CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO**

- 1: Latinoamérica: Paz o Violencia Institucionalizada
  - 2: Análisis Socio-Político de la Iglesia Latinoamericana (Reeditado)
  - 3: La Iglesia Latinoamericana busca su rostro
  - 4: Tipos cristianos en Latinoamérica hoy
  - 5: El Exodo
  - 6: Liberación y Liberaciones
  - 7: Salvarse en Latinoamérica
  - 8: Cautiverio y Creación
  - 9: Libros Sapienciales: Mujeres, Plata, Poder
  - 10: Los Cristos de América Latina
  - 11: Jesús de Nazareth
- Próxima edición: El Nacimiento de la Iglesia

## **CRISTIANISMO HOY**

- 1: Proceso Histórico de la Iglesia Venezolana
- 2: Cómo leer el Antiguo Testamento
- 3: El Antiguo Testamento leído al Pueblo
- 4: Cómo leer los Evangelios
- 5: La comida de la comunidad cristiana



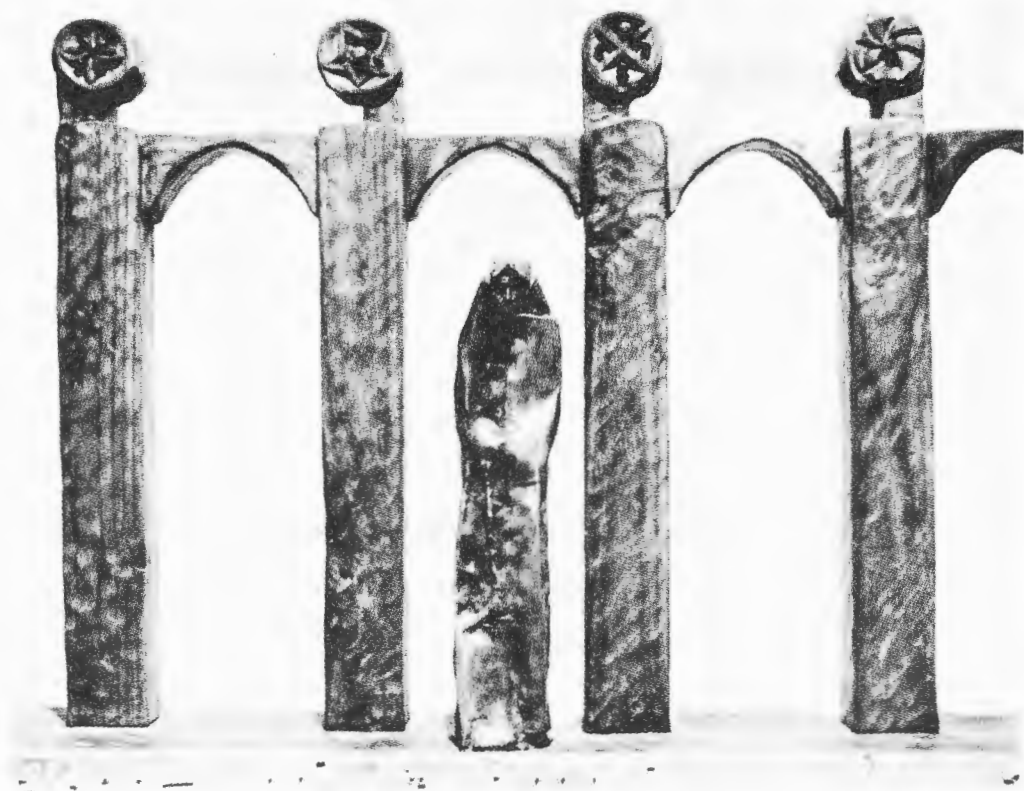
# SUMARIO

1. Introducción
2. Comida y entrega
3. En memoria de Jesús
4. De la fracción del pan a la Misa
5. Entre la creatividad y el ritualismo
6. Palabra — Sacramento
7. Presencia real
8. Unidad
9. Conclusión

**CENTRO GUMILLA**

Avenida Cristóbal Rojas 16 - Santa Mónica  
Apartado 40.225 — Telfs. 661.28.40  
CARACAS 104 - VENEZUELA  
1978

# LA EUCARISTIA: LA COMIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA



El Concilio Vaticano II dice en repetidas ocasiones que la Eucaristía es "fuente y cumbre de la vida cristiana" (Iglesia, n.11), "centro y culminación de toda la vida de la comunidad cristiana" (Obispos, n.30), "Centro y cima" de los demás sacramentos (Misiones, n. 9).

Sin embargo esta afirmación teórica parecería no corresponder con el estado actual. La asistencia a Misa es cada vez menor. Y no necesariamente por falta de fe. Son a menudo los grupos más conscientes y comprometidos los que se niegan a asistir a una celebración tradicional, en la que se sienten extraños y alienados, y los que prefieren incluso quedarse un domingo sin Misa a tener que soportar un ritualismo y palabrería que más que confortarlos los desasosiega.

Además, la descripción de la Eucaristía como centro no satisface tampoco a estos grupos. Ven ahí una hábil maniobra que coloca a la Iglesia en el centro de su propia actividad, con la excusa sutil de que propiamente no se cultiva a sí misma sino a Dios. Con ello se corre el peligro de relegar a un segundo o quinto plano la misión de la Iglesia hacia el mundo que la rodea.

Sin embargo, la lectura del evangelio muestra con evidencia que para Jesús el culto no constituyó en ningún momento el centro de su vida ni de su misión. El vino a proclamar con hechos y palabras la inminencia de un reino de justicia, paz e igualdad. Una vida centrada en la oración y la liturgia no le hubiese enfrentado jamás a los poderosos de su tiempo ni le hubiese llevado a la cruz.

Por otra parte, la insistencia sobre la presencia real de Jesús bajo las apariencias muertas del pan y del vino puede sucumbir fácilmente al peligro de una concepción mágica de la religión, en la que Dios queda inerte y domesticado en nuestras manos. Existen sin embargo otras presencias de Jesús en los demás, especialmente en los que sufren opresión y en los movimientos históricos de liberación, que son mucho más difíciles de manejar y discernir, y a la vez exigen mucho más. ¿Es acaso esta última presencia de segunda categoría?

Por fin se habla siempre de la celebración de la Eucaristía como sacramento de unidad. Sin embargo la aparente confusión igualitaria del público de nuestras iglesias no erradica las causas de las profundas divisiones existentes en nuestra sociedad, sino que más bien las encubre. Si gente tan dispar puede estar junta sin que surja ninguna confrontación esto se debe únicamente a que la Eucaristía tal como se celebra ha perdido en la mayoría de los casos su dimensión social. El hecho de que se reúnan muchos no quiere decir que éstos tengan siempre algo en común. Al igual que los grandes espectáculos, la Misa no pasa con frecuencia de ser un acto masivo, sin lograr ni intentar por ello ser un acto plenamente comunitario.

Todos estos son retos planteados por la situación actual a una de las celebraciones cristianas más características.

Como contraste nos encontramos con que la Eucaristía constituye un punto álgido en la vida de las comunidades cristianas más concientizadas y revolucionarias. Cada vez son más los grupos que periódicamente alimentan la vivencia de su fe en la lectura y comentario comunes del evangelio, y en el compartir del pan y el vino en memoria de Jesús. Es inagotable la creatividad en este campo. Estas comunidades viven realmente una presencia peculiar de Jesús.

Curiosamente estas nuevas experiencias no son bien vistas normalmente por la institución. Se las considera disgregadoras, descontroladas, peligrosas, en ocasiones hasta inválidas o simplemente blasfemas.

Lo que pretendemos en las páginas que siguen es subir hasta los orígenes de esta Eucaristía que una vez fue *signo* de la presencia de Dios y seguir su trayectoria hasta nosotros. Consideraremos a continuación algunos de los puntos más discutidos en la actualidad, para poder así ofrecer algunas perspectivas. Será el lector quien tendrá que sacar las consecuencias.

# COMIDA Y ENTREGA

La Eucaristía es de hecho uno de los siete sacramentos de la Iglesia. Esto significa que lleva en su raíz un simbolismo profundamente humano que ha sido asumido en una ceremonia religiosa. Muchos de estos simbolismos han perdido con el tiempo su valor original (casi nadie, por ejemplo, utiliza hoy aceite para curar a los enfermos tal como lo sigue haciendo la Iglesia en el sacramento de la unción). La Eucaristía en cambio retoma un símbolo -la comida en grupo- que sigue manteniendo su vigencia.

Es necesario acentuar que el núcleo original e indispensable de toda celebración eucarística sigue siendo un banquete entre amigos. El momento más significativo de la Misa es la comunión. Las mismas palabras de la consagración son una invitación a comer y a beber. Es en la comunión donde se simboliza más gráficamente la presencia, la unidad, la fortaleza, la alegría.

A los primeros cristianos la expresión "oir Misa" les hubiese resultado tan extraña y absurda como el sentarse al borde de una mesa a ver comer a los demás sin participar de la fiesta. En realidad, todo el resto de la celebración era una preparación de los manjares y una bendición y acción de gracias sobre ellos. Todas las ceremonias estaban subordinadas y ordenadas al momento de la comunión. Dejar más tarde a alguien sin comer hubiera sido algo ofensivo que empañaría y desvirtuaría la celebración.

Por eso en un principio se suponía que quien se acercaba a "la mesa del Señor", como se la llamaba por entonces, estaba preparado y dispuesto a participar en ella. Fue más tarde cuando la Iglesia comenzó a considerar que no todos los invitados estaban en condiciones de participar en la comida. Había ofensas que herían a la comunidad, y era una burla acercarse a comer con ella sin haberle pedido antes perdón.

Sin embargo en vez de llevar esta actitud hasta sus últimas consecuencias prohibiendo a tales personas toda participación, se tomó una solución intermedia que comenzaba a oscurecer el simbolismo primitivo. A los "pecadores" se les permitía "oir Misa"

pero se les impedía "comulgar". El centro comenzaba con esto a desplazarse hacia la adoración. La hostia podía ser trasladada a copones y custodias de metales preciosos para ser contemplada y venerada, como si constituyera un objeto absoluto en vez de ser un alimento.

Hoy las nuevas comunidades cristianas se esfuerzan por recobrar los orígenes. Por eso el centro de la Eucaristía vuelve a ser una mesa, a menudo la misma mesa en torno a la que se han reunido para comer, estudiar, discutir, celebrar las fiestas del grupo. La postura asimismo se transforma. En torno a una mesa la gente no se arrodilla, sino que se sienta. No se hace esto por irreverencia o por comodidad sino por simple sentido común. Hasta las representaciones más tradicionales de la última cena muestran a los apóstoles reclinados.

La participación es también absoluta. Allí todos se conocen. Si alguno se siente ofensor u ofendido lo proclama, pide u otorga el perdón, se contenta. Todos comen. Si alguno dejara de hacerlo los demás se sentirían culpables de no haber sabido conservar la comunidad abierta. Dejarían de comer también

ellos. No se considerarían tampoco preparados para comenzar la fiesta.

Por supuesto que allí todos comen lo mismo. Considerarían un irrespeto equiparar la Misa con la mesa de los grandes señores, donde la familia come más que el servicio. En ese contexto no participar del vino -como se hace normalmente en las Misas oficiales- sería un sin sentido. Desvirtuaría todo lo que se está proclamando o haciendo. ¿Es que en el centro de la celebración eucarística se va a dividir a los cristianos en dos categorías?

Ni hace falta decir tampoco que en estas ocasiones cada uno toma el alimento con sus propias manos. Allí todos son adultos. Nadie necesita que le den de comer en la boca.

Pero no son estos detalles lo más esencial, aunque a primera vista parezcan lo más llamativo. Lo fundamental es el espíritu de la fiesta. Cuando un grupo de gente se reúne a comer es porque tiene mucho en común: lazos de familia, o algo que afecta a todos de una u otra forma.

También los cristianos se pueden reunir por diversas razones. Pero cuando celebran la Eucaristía el vínculo es la fe y el compromiso común. Tienen fiesta porque creen en su propia liberación y quieren transmitirla a los demás. Por eso la Misa tiene un aire de intermedio. Reúne y dispersa. Recoge después de unas jornadas de trabajo, y da fuerzas para volverse a disgregar en nue-



vas labores. Para estos cristianos la Eucaristía no es nunca un fin o un centro. Es más bien un apoyo, un descanso en el quehacer, una interrupción.

Tanto es así que varios, a veces de los más comprometidos, parecen considerarla perflua. ¿No es el trabajo lo que une? ¿No basta haber discutido y planificado en común? ¿A qué viene concluir con una celebración que parece sacarnos del mundo real en que nos debatimos, para transportarnos a un terreno artificial de misterio, residuo aparente de actitudes religiosas ya abandonadas?

El que se dé este fenómeno de rechazo es un reto para toda la Iglesia. El tiempo ha cavado un abismo tal entre la espontaneidad natural de los primeros encuentros cristianos y nuestras actuales ceremonias, que se prefiere no tener nada a mantener un ritualismo barroco y vacío. Como casi siempre ha ocu-

rrido en la historia, son las crisis las que nos hacen reaccionar.

Pero es igualmente cierto que una cierta intensidad de determinados cristianos muy sinceros y generosos los puede incapacitar para celebrar una fiesta tan sin sentido inmediato y tan gratuita como la Eucaristía. En la era de la técnica, de la producción en cadena, de los turnos de trabajo, corremos el peligro de arrinconar la fantasía, la arbitrariedad y el ocio.

¿Por qué celebramos? Porque no queremos que la vida nos anegue con sus angustias. Porque hay momentos en que necesitamos reír aun cuando se nos quieran saltar las lágrimas. Porque queremos recordar explícitamente que nuestra vida y nuestro trabajo caminan en seguimiento de uno de nosotros que vivió y murió hace veinte siglos: Jesús de Nazareth.

## EN MEMORIA DE JESUS

El hecho de que se haya escogido una comida como símbolo de nuestra unión cristiana no se debe sólo a que este signo tenga un valor evidente y universal a nivel antropológico. Hay también en esto un recuerdo explícito de un gesto utilizado por Jesús.

En el ámbito cultural del Oriente primitivo, en el que vivió Jesús, sentarse a la mesa con otro es una señal de aceptación y amistad mucho más grande que en nuestros días. "Come con recaudadores y pecadores" decían con escándalo hipócrita los embaucadores y explotadores del sistema. Jesús se sentaba a comer con los que se consideraban pecadores porque, como respondió irónicamente en una ocasión, "no son los sanos los que tienen necesidad de médico sino los enfermos". El que se cree sano y perfecto se resiste a cambiar. Sólo quien se reconoce necesitado está dispuesto a emprender nuevos caminos.

*"Así que las comidas de Jesús con los publicanos y pecadores no son meros acontecimientos situados en un plano social, no son mera expresión de la extraordinaria humanidad de Jesús y de su generosidad social y de su simpatía íntima y solidaridad con los despreciados. Sino que su significación es más profunda: esas comidas son expresión de la misión y del mensaje de Jesús, comidas escatológicas, celebraciones anticipadas del banquete salvífico del fin de los tiempos, en las cuales se representa ya ahora la comunidad de los santos". (J. Jeremías: Teología del Nuevo Testamento III. 12).*





Las primeras Eucaristías se mueven también en este espíritu. Son la reunión de quienes se confiesan salvados y liberados por la presencia activa de Dios en su propia historia. No es una reunión de gente satisfecha que desprecia a los que están fuera del templo. Más bien es un grupo que busca cómo continuar esta presencia liberadora de Jesús, para que a todos alcance la alegría.

Hay también otro nivel de recuerdo en estos encuentros. Jesús no sólo comía a menudo con los marginados del sistema, sino que se sentaba todos los días a la mesa con los suyos, con los que le seguían habiendo dejado todo por su causa. Del mismo modo

los primeros cristianos quieren prolongar esta experiencia cuyo valor aprecian mejor ahora que el maestro ha desaparecido. Ellos se siguen sentando en torno a este Jesús al que creen presente en sus celebraciones. Esta sensación era aún más viva cuando el que presidía la mesa era uno de los apóstoles, de los que habían comido y bebido realmente con él. Esta es la razón, aunque su fuerza expresiva ya ha quedado casi oculta por los siglos, de que en la Iglesia primitiva y ahora, se conceda un valor simbólico especial a la Misa celebrada por un Obispo. Cuando los apóstoles hace siglos que han desaparecido, son los Obispos quienes continúan su función de

congregar a los creyentes y representar la unidad de su fe.

Entre las comidas de Jesús con sus discípulos tienen un significado peculiar las ocurridas después de la resurrección. Aunque las narraciones de las apariciones de Jesús resucitado se nos han transmitido revestidas por un género literario en el que no es nada fácil desglosar lo histórico de lo simbólico, queda como un hecho el que al describir los apóstoles su experiencia de Jesús vivo, más allá de su muerte, la relacionan casi siempre con una comida. En una ocasión (Lc. 24,30) se nos llega a decir que dos discípulos viajaron varios kilómetros junto a Jesús sin reconocerlo, pero que se les abrieron los ojos cuando él, sentado a la mesa, tomó el pan, lo partió, lo bendijo y se lo dió. Hay aquí una referencia a algún gesto o algunas palabras características de Jesús que el evangelio no nos ha transmitido, pero que hacían a esa ceremonia familiar inconfundible. Curiosamente las primeras reuniones de los cristianos no se llamaban todavía Eucaristías, sino Fracción del Pan. Se quería repetir el gesto de Jesús y prolongar con ello su presencia.

La mayoría de estas comidas del resucitado con sus discípulos se narran como ocurridas el primer día de la semana, que fue el día mismo en que según estos relatos ocurrió la resurrección. Con eso se comenzó a dar a este día un relieve especial en contraste con el Sábado judío. Se le llamó día del Señor o Domingo. (En latín, día del Señor se dice "dies dominicus" que por una simple evolución filológica se convierte en domingo). Por eso también la celebración cristiana en este día revestía una solemnidad especial.

Sin embargo, como es bien conocido, entre todas las comidas de Jesús hay una que muy pronto pasa a ocupar un lugar privilegiado en el recuerdo de los cristianos. Se trata de la última cena tenida por Jesús la víspera de su muerte.

No se sabe con seguridad cuándo cris-

talizó esta reducción por la que todas las demás comidas quedaron en la penumbra. Pero debió ser bastante pronto. La primera mención explícita de la relación directa entre la celebración cristiana y el relato de lo que Jesús hizo aquella noche aparece en la primera carta de Pablo a los cristianos de Corinto (cap.11) escrita hacia el año 56. Además, como explicaremos enseguida, ya para entonces parece que el relato estaba recogido en frases fijas y en tono litúrgico, lo cual quiere decir que llevaba un tiempo repitiéndose con frecuencia y en los mismos términos.



Sin embargo, en los años posteriores hay silencios desconcertantes. El siglo pasado, por ejemplo, fue descubierto un documento llamado Didakhe o Doctrina de los

doce apóstoles que se remonta al s.I y contiene los elementos extrabíblicos más antiguos de la liturgia eucarística. Allí se contienen fórmulas de bendición del pan y del vino que no tienen nada que ver con el relato de la última cena, y se hace referencia a la celebración cristiana del domingo apoyándola en otros textos bíblicos diferentes. (*"En todo lugar y tiempo se me ofrece un sacrificio puro: porque yo soy el gran Rey, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las naciones"* Malaquías 1.11).

Aunque estos silencios podrían indicar que la práctica no fue unánime ni se impuso en todos los lugares con igual rapidez, la tradición en favor del puesto prominente otorgado al relato de la última cena es muy marcada.

Aparece en los tres primeros evangelios, además de en la carta mencionada de Pablo. Aunque las semejanzas de los cuatro relatos son muy llamativas, todavía es fácil distinguir dos grupos dentro de ellos: Pablo-Lucas por una parte, Marcos-Mateo por la otra. Lucas y Pablo, por ejemplo, dicen que Jesús tomó la copa "después de cenar", y que les mandó a los discípulos repetir lo que veían, en su memoria. Estos y otros detalles faltan en el relato Marcos-Mateo. Por eso se piensa que ambas tradiciones corresponden a dos prácticas distintas de la Iglesia primitiva en la celebración litúrgica de la cena. Marcos-Mateo reflejarían la práctica de Jerusalén, mientras que Pablo-Lucas reflejarían más bien la práctica de las primeras Iglesias de la dispersión, situadas en Asia Menor (actual Turquía).

Por otra parte los especialistas, tras análisis muy laboriosos que no es del caso exponer aquí, concluyen que estos relatos rompen el estilo de la narración de la cena para introducir unas formulaciones ya elaboradas y fijadas por la práctica litúrgica de los cristianos. Esta constatación es de gran valor, ya que indica lo rápidamente que se extendió la

celebración de la cena como signo ritual de la presencia de Jesús. Pero por otra parte nos deja bastante indecisos respecto a cómo ocurrieron las cosas en realidad.

En todo caso hay al menos cuatro elementos que parecerían históricos.

En primer lugar Jesús quiso simbolizar su entrega a la muerte por medio del pan y del vino. El estaba dispuesto a dar su vida por fidelidad a su misión de proclamar un mundo diferente, en el que reinaran los planes altruistas de Dios y no las maquinaciones egoístas de los hombres. Esperaba que su muerte no fuese un fracaso total. Su ejemplo y su fuerza harían que el gesto se multiplicase. Se podía matar a Jesús pero su Espíritu seguiría presente en la historia. La participación en aquel pan y aquel vino la entendieron los discípulos como un pacto de sangre por el que se comprometían a continuar su entrega hasta dar la vida si fuera necesario. Por eso el evangelio de Juan, que no narra este hecho, pone en cambio el lavatorio de los pies que simboliza lo mismo bajo otro signo distinto: "Si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros, porque les he dado ejemplo para que hagan ustedes lo mismo que yo he hecho" (Jn. 13.14-15).

La ocasión estaba reforzada por un segundo elemento. Parece casi con total seguridad, aunque existen aún algunos problemas a los que no se ha dado respuesta satisfactoria, que la última cena de Jesús fue una celebración judía de la Pascua. Por eso el símbolo adquiriría unas resonancias especiales. Jesús habla de su sangre, en contraposición a la sangre de corderos sacrificados en aquella ocasión, como el inicio de una nueva alianza. Asimismo la liberación de Egipto recordada en aquellos días aparece como una imagen de la liberación de los que aceptarán la salvación ofrecida por Jesús.

Las palabras de la Cena hablan también de una identificación de Jesús con el pan y el vino, que más tarde absorbió las discusiones de los teólogos medievales: ¿Cómo está presente Jesús? ¿en qué momento de la celebración comienza esta presencia? Más tarde nos detendremos a considerar esta cuestión. En un primer momento la afirmación no causó problema. Nadie la discutía y cada uno la entendía a su manera. Los expositores cristianos más antiguos (los Santos Padres) hablan indistintamente de una presencia simbólica y de una presencia física. Sólo más tarde se comenzaron a contraponer y definir diversos modos de presencia. Hoy es éste uno de los puntos teóricos más controvertidos y difíciles, aunque en la práctica no se le suele dar tanta importancia.

Por fin, la teología tradicional suele hablar en esta ocasión de una "institución de la Eucaristía" como si Jesús hubiese mandado explícitamente que se continuara repitiendo su gesto a lo largo de los siglos. Como ya hemos indicado anteriormente este "mandato" aparece en Lucas y Pablo. Dado el desarrollo actual de la cristología respecto al conocimiento y conciencia históricos de Jesús, hoy se matiza mucho más esta afirmación. Es muy posible que la expresión original contuviera sólo una alusión a que no le olvidaran cuando se volvieran a reunir a la mesa, y que siguieran manteniendo y practicando lo que él les había enseñado. No es nada claro que Jesús previera una duración del mundo después de su muerte tan larga como está siendo en realidad. Más bien la impresión que sus dichos dejaron en los primeros cristianos fue la de que el fin del mundo iba a llegar de un momento a otro. Está prácticamente fuera de discusión que Jesús no previó ni reguló la evolución posterior de su gesto hasta llegar a las actuales celebraciones de la Misa.

Por todo ello los autores modernos tienden más y más a hablar de una institu-

ción genérica de la Eucaristía por parte de Jesús. Esta se remonta a Jesús. No ha sido inventada de la nada por los primeros cristianos, sino que intenta repetir y continuar algo que ellos atribuyen a su maestro. Pero la importancia que este signo adquirió muy pronto dejando de lado otros hechos igualmente importantes del mismo Jesús (como por ejemplo los signos externos liberadores reflejados en las narraciones de los milagros), y el revestimiento que con el tiempo tomó la repetición de aquel acto, se deben sobre todo a las necesidades y experiencias de fe de las diversas comunidades cristianas que se fueron formando.



# DE LA FRACCIÓN DEL PAN A LA MISA

La descripción que los testimonios más antiguos nos hacen de los primeros cristianos es sumamente idílica: *“Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común, vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo”* (Hechos 2.44-47).

Vemos por lo tanto que al principio los cristianos no consideraron necesario organizar un culto propio. “A diario frecuentaban el templo”. El cristianismo no pretendía competir con el culto judío ni suplantarlo. Era una forma de vida. Sólo más tarde, cuando sobrevino el rompimiento total con el judaísmo, se vieron obligados, en un entorno cultural fuertemente teñido de ritualismo religioso, a crear su propia liturgia.

El pan se partía en las casas después de la comida común. Por las cartas de Pablo sabemos un poco más de cómo se desarrollaban estas reuniones. Se nos habla allí de la celebración en la comunidad cristiana de Corinto (1 Cor. 11). Cada grupo o familia llevaba algo de comida a la casa donde aquel día se iba a tener el encuentro. Había un encargado de recoger todos los alimentos y repartirlos después igualmente entre los presentes. Al final de esta cena alguien no identificado todavía pronunciaba una fórmula de bendición y acción de gracias sobre un poco de pan y de vino en memoria del Señor Jesús, y lo repartía también entre los comensales.

Es probable que en estos primeros tiempos quien presidía la Fracción del Pan no estuviese investido con ningún cargo especial. Toda la comunidad se consideraba sacerdotal (1 Pe. 2.9). Jesús había venido a tumbar las barreras sociales y religiosas que la costumbre había levantado. Por algunas menciones sueltas y no del todo claras, se puede suponer que se daba cierta preferencia en esta ceremonia al dueño de la casa donde se reunían, a las personas de más autoridad moral dentro de la comunidad, y a los visi-

tantes ilustres que recibían hospitalidad entre los cristianos.

Sin embargo, el mismo Pablo en la carta mencionada nos indica las posibles causas de la desaparición de esta comida común antes de la ceremonia religiosa. Parece que con el tiempo cada familia se dedicó a comerse lo que había traído de su casa, patentizando con ello vergonzosamente las diferencias sociales que existían entre los diversos miembros de la comunidad. Para colmo, algunos bebían tanto que ya estaban borrachos para cuando comenzaba la fracción del pan.

Al separarse la celebración profana de la ceremonia religiosa, esta última fue tomando cada vez más relieve y adquiriendo nuevos elementos que la enriquecieron. Cada parte —introducción, preparación de los alimentos, oraciones de acción de gracias, comunión, despedida— fue tomando personalidad propia.

Así vemos ya en el s.II una descripción que, a grandes rasgos, corresponde casi literalmente con nuestra Misa actual. El texto es de Justino, un teólogo seglar samaritano que poco más tarde moriría mártir. Pongo entre paréntesis el equivalente actual de las ceremonias que allí se describen:

*“El día llamado domingo nos reunimos en asamblea todos los que vivimos en las ciudades o en distritos limítrofes, y se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, mientras hay tiempo (liturgia de la palabra). Después, una vez que el lector ha terminado, el que preside la asamblea exhorta verbalmente e invita a todos a imitar aquellos ejemplos de virtud (homilía). Después nos ponemos todos en pie juntos y ofrecemos nuestras oraciones (oración de los fieles), y una vez que acabamos de orar se presentan pan, y vino y agua (ofertorio). El que preside ofrece igualmente oraciones y acciones de gracias, lo mejor que sabe (plegaria eucarística), y el pueblo expresa su aprobación exclamando: AMEN. Los elementos eucarísticos se distribuyen y se consumen entre los presentes (comunión) y se envían a los ausentes (enfermos) por medio de los diáconos. Los ricos, si lo desean, contribuyen con cuanto quieren (en favor de los necesitados) y la colecta se pone bajo la custodia del presidente”.*

En este texto se nos describe el rito pero no se nos dice todavía nada del formulario de las oraciones. Pero existe otro docu-

mento algunos años posterior (la “Tradición Apostólica” de Hipólito) que incluye una plegaria eucarística completa. Se parece muchísimo a las actuales, y contiene prácticamente todos sus elementos: diálogo introductorio, prefacio, relato de la Cena, palabras de recuerdo, invocación del Espíritu Santo, conclusión.

Para entonces (comienzos del s.III) podemos decir ya que la Misa actual está formada en embrión.

No hay que olvidar, sin embargo, que en este tiempo todavía la Iglesia vivía medio proscrita, y bajo la amenaza constante de la persecución. En cambio en el s.IV, cuando Constantino promulgó su edicto de tolerancia, y sobre todo cuando Teodosio declaró al cristianismo religión oficial del Imperio, las cosas cambiaron totalmente. De las casas particulares y los salones sencillos se pasó a las deslumbrantes y lujosísimas basílicas. Las celebraciones litúrgicas copiaron asimismo gran parte de la ostentación del ceremonial imperial de la corte: procesiones, incienso, tronos, vestidos recamados, vasos y platos de oro y piedras preciosas. Para muchos fue este el momento de más esplendor de la Iglesia. Para otros, el comienzo de su decadencia en los brazos mullidos y seductores del poder.

Por aquel entonces, y a lo largo de toda la Edad Media, había todavía una gran va-



riedad de costumbres en la celebración de la Misa. Para comenzar había dos grandes corrientes, la oriental y la occidental, correspondiendo aproximadamente a las dos mitades del mundo cristiano. La primera decía la Misa en griego y la segunda en latín (cada una en su propia lengua). Tenían también ceremonias muy diversas. Esta diversidad se conserva hasta nuestros días. En Venezuela, por ejemplo, hay comunidades cristianas (ucranianos, griegos...) que tienen una Misa bastante distinta de la nuestra.

Pero aun dentro del rito latino u occidental se mantuvieron largo tiempo grandes variedades. Algunas ciudades (Milán, Toledo) tenían su liturgia propia. Casi todas las órdenes religiosas tenían también una forma peculiar de celebrar la Misa regulada por sus propias constituciones.

El primer gran esfuerzo de unificación en el rito latino vino en los tiempos del Concilio de Trento (s.XVI). El Papa que lo llevó

a cabo era Pío V. Por eso el Misal que se utilizaba en las Iglesias hasta el Concilio Vaticano II se llamaba de S.Pío V, ya que desde entonces no se había hecho ningún cambio sustancial en la liturgia.

El otro gran esfuerzo de reforma, como acabamos de decir, ocurrió poco después del Concilio Vaticano II. Este último cambio ha supuesto un gran enriquecimiento porque ha roto los esquemas mantenidos intactos por cuatro siglos. Ha ampliado y ordenado las partes de la Biblia que se leen en público, ha aumentado las fórmulas de plegarias eucarísticas, ha admitido la posibilidad de variaciones dentro de la celebración adaptándolas a las diversas circunstancias. Pero, sobre todo, ha abierto unos canales a la creatividad que ahora se desborda sin que ya nadie sea capaz de detenerla.

## ENTRE LA CREATIVIDAD Y EL RITUALISMO

Todo ceremonial que se repite tiende a cristalizar en ciertas normas, palabras y ritos que pueden terminar por sofocar la espontaneidad del momento. Esta evolución no es privativa de lo religioso. También en lo civil el protocolo ha llegado a tales detallismos que se necesita todo un personal especializado para organizarlo, regularlo y llevarlo a término. En las visitas oficiales, el Presidente es juguete del jefe de protocolo. Una mano dada a destiempo o un error en la colocación de sillas en los banquetes, pueden desencadenar un incidente diplomático entre dos países.

La liturgia cristiana no se ha liberado de esta ley universal. Ya hemos indicado anteriormente que el mismo relato de la última cena, tal como nos ha llegado en los escritos del Nuevo Testamento, contiene ya dos tradiciones litúrgicas distintas con una cierta fijación en sus respectivas fórmulas. Y hemos visto también cómo para el s.III corrían formularios completos de plegarias eucarísticas.

La Iglesia Romana se distinguió pronto en la elaboración de estas recopilaciones. Al ser aquélla la Sede del Papa, la liturgia adquirió pronto allí una solemnidad y colorido especiales. La abundancia de clero y funcionarios favorecía esta evolución. Había una Misa distinta para las diversas ocasiones: fiestas de mártires, de apóstoles, días de ayuno, temporadas, ordenaciones, consagraciones de vírgenes, aniversarios. También las grandes fiestas como Navidad, Pascua, la Ascensión, Pentecostés, contaban con su propio formulario.

De aquí procedieron los Sacramentarios, predecesores de nuestros Misales. Los diversos tipos de Misa se iban recopilando en colecciones que luego servían como libros de altar. Las recopilaciones más famosas llevan los nombres de algunos Papas que dieron un esplendor especial a la liturgia. Son éstas el Sacramentario Leoniano (León I; 440-461), el Gelasiano (Gelasio I; 492-496), y el Gregoriano (Gregorio I; 590-604).

Ya desde aquellos tiempos Roma era, junto con la Tierra Santa, uno de los lugares de peregrinación privilegiados para los cristianos. Fueron precisamente los peregrinos quienes, de vuelta a sus iglesias locales, sorprendían con sus descripciones de la magnificencia de la liturgia en la Ciudad Eterna. Esta admiración, unida al creciente poder centralizante de la Curia Romana, fueron unificando paulatinamente la liturgia en toda la Iglesia Occidental. Para el tiempo del concilio de Trento, y tras la correspondiente reforma litúrgica de Pío V, el ritualismo había sofocado por completo a la creatividad.

Bastará transcribir como ejemplo una de las múltiples rúbricas que obligaban a todos los sacerdotes hasta la nueva reforma comenzada por el Concilio Vaticano II; las indicaciones que daba el Misal para la consagración del pan:

*“Puestos los codos sobre el altar, pronuncia con claridad y reverencia las palabras de consagración sobre la hostia. Tomará la hostia solamente con los dedos pulgar e índice. Dichas las palabras el celebrante apoyará la hostia sobre el altar con los dichos dedos índice y pulgar, teniendo los demás dedos extendidos y juntos entre sí. Entonces se arrodilla. Luego se para y eleva la hostia para que la adore el pueblo, teniendo los ojos fijos sobre ella. Enseguida, con sola la mano derecha, vuelve a colocar la hostia sobre el corporal en el mismo lugar de donde la tomó. Desde entonces no separará los pulgares e índices, a no ser que tenga que tocar la hostia consagrada, sino después de que se haya lavado las manos tras la comunión”.*



Sin embargo, en los primeros tiempos se tenía como un privilegio la creatividad. Ya hemos oído a Justino en el s. II que *“el que preside la Eucaristía ofrece oraciones y acciones de gracias lo mejor que sabe”*. Y la misma Tradición Apostólica que en el s. III transcribe el formulario más antiguo de Plegaria Eucarística que conocemos dice a continuación: *“No es de ningún modo necesario que diga las mismas palabras que hemos apuntado, como si tuviera que dar gracias a*



*Dios con un texto aprendido de memoria. Que cada uno ore según su capacidad".*

La creatividad que se ha desbordado en los últimos años no es un efecto del capricho, o un prurito de independencia y novedad que rechaza todo formulario hecho sólo por estar recomendado. Se pretende sobre todo que cada celebración sea un evento adaptado a los que en ella participan, y a ser posible nacido de ellos mismos.

*nes del justo Abel, el sacrificio de Abraham nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melchisedec". Aun suponiendo que se conozcan las referencias bíblicas mencionadas —lo cual es mucho suponer—, éstas ya no se viven. No forman parte de nuestras preocupaciones ni nuestra cultura. En cambio, si se conoce a la comunidad, no resultará nada difícil encontrar equivalentes más evocadores.*



Una vez más se presenta la alternativa que se le presentó a Jesús respecto a la ley judía: ¿es el hombre para el rito o son los ritos para el hombre? ¿qué es más auténtico: una Eucaristía donde se guardan escrupulosamente las palabras e indicaciones del ritual, o una Eucaristía donde éstas se subordinan a la capacidad, situación y estado de ánimo de los que en ella participan?

Parece fuera de duda que muchas de las formulaciones de las actuales plegarias eucarísticas no dicen nada a nuestro pueblo. Poco puede sugerir internamente la oración: "Acepta esta ofrenda como aceptaste los do-

Existen otros motivos por los que los formularios actuales de celebración eucarística no sólo resultan lejanos a numerosos grupos de cristianos, sino que incluso les causan desagrado por la mentalidad que arrastran y reflejan. Una nota muy característica es por ejemplo su clericalismo narcisista. Cuando se ruega por la Iglesia se desarrolla esta petición de la siguiente manera: "por el Papa, nuestro Obispo, el orden episcopal, el clero y todo el pueblo redimido por ti". La desproporción es tan evidente que no necesita comentario.

Y por supuesto, muchas angustias y

preocupaciones de los grupos cristianos concretos ni están ni pueden estar presentes en formulaciones escritas a miles de kilómetros con ciertas pretensiones de universalidad.

Por todo ello, la creatividad no es un privilegio sino que se convierte más bien en una exigencia si se quiere celebrar una Eucaristía viva en la que todos participen. Más tarde comentaremos la revolución radical que esta participación demandaría en el papel y autocomprensión del sacerdote.

Aun en los grupos más creativos y originales se suelen reconocer unos límites a la creatividad en la celebración eucarística. Habría rasgos que no se pueden omitir o pasar por alto. Fundamentalmente son dos: el relato de la Última Cena, y los elementos de comida y bebida.

Se comprende la importancia dada al relato de la Cena, ya que está en el origen de las celebraciones eucarísticas más primitivas, y su recuerdo nos entronca directamente con el gesto en cuya memoria se reúnen actualmente los cristianos.

Hay además un motivo adicional, por el que la repetición de las palabras de Jesús adquiere un valor excepcional. Con el paso del tiempo creció la discusión sobre el tipo de presencia de Jesús que se lograba en la Eucaristía y sobre el momento en que ésta se daba. Más tarde hablaremos de las discusiones sobre el tipo de presencia. En cuanto al momento, muy pronto se fue definiendo que el instante de la consagración o transformación correspondía con la repetición de las palabras de la Cena. Ya en el s. IV dice S. Ambrosio de Milán: *"Antes de la consagración es pan; pero en cuanto sobrevienen las palabras de Cristo, es cuerpo de Cristo... Antes de las palabras de Cristo el cáliz está lleno de agua y vino; en cuanto se pronuncian las palabras de Cristo, se hace la sangre que redimió al pueblo"* (De Sacramentis IV.23).



Claro que esta exactitud se basa únicamente en una tradición de la Iglesia. No se puede apoyar en una indicación expresa de Cristo. Tanto es así, que la Iglesia Oriental tiene una tradición distinta. Para ellos el momento de la Consagración es aquél en el que se invoca al Espíritu Santo para que descienda sobre los elementos. Por los mismos años en que S. Ambrosio escribía lo que acabamos de citar, S. Cirilo de Jerusalén decía: *"Una vez santificados nosotros mismos por estos himnos espirituales, suplicamos a Dios*



que envíe al Espíritu Santo sobre los dones allí colocados, para hacer del pan el cuerpo de Cristo y del vino la sangre de Cristo; pues todo lo que toca el Espíritu Santo queda santificado y transformado" (Catequesis Mistagógicas V.7).

A pesar de esta discrepancia en un punto tan central, en la tradición de nuestras comunidades cristianas el relato de la Cena ocupa siempre un puesto privilegiado. La legislación canónica occidental consideraría,

incluso, que una celebración en la que falten estas palabras deja de ser una Eucaristía.

En cuanto a los elementos utilizados en la comida y bebida, las discrepancias son mayores. También aquí la legislación canónica es definitiva y tajante al afirmar que si no se utiliza pan de trigo y vino de uva no hay Eucaristía. Sin embargo, la aceptación de esta medida en las comunidades cristianas de base es mucho más polémica que la de la mención de las palabras de Jesús.

Apurando los términos, nos encontramos con que la utilización de vino en la Misa puede ser hoy en Venezuela un anti-signo patente. Nos encontramos en un país aquejado por la enfermedad de la importación desenfrenada. De ahí el repetido eslogan de "producir lo que se consume" o "consumir lo que se produce". Frente a esto resulta que el símbolo central de los cristianos tiene que apoyarse necesariamente en productos importados. Un detalle que confirma lo alejada que está a menudo nuestra fe de nuestra historia.

Pero se trata sólo de un detalle. Las posibilidades y aun exigencias de adaptación son innumerables. Algunas podrían hacerse a nivel nacional y admitirían en este sentido una cierta coordinación central. Pero hay muchas otras que son individuales y que sólo la comunidad concreta puede decidir sobre el terreno. Con esto no se hace más que tomar en serio el viejo axioma cristiano de "sacramenta propter homines": "los sacramentos están para servir a los hombres".

Dentro de esta orientación fundamental del acontecimiento no hay por qué desechar el rito en lo que éste tiene de expresión profundamente humana. Más de una vez constituye un apoyo que ayuda a evitar la pobreza de expresión, la anarquía, las improvisaciones peregrinas o vacías. Un cierto esquematismo es antropológicamente una necesidad para preservar la estructura fundamental del acto que se repite.

# PALABRA-SACRAMENTO

Desde los primeros años las ocasiones en las que se reunían los cristianos para la celebración de la Eucaristía eran los encuentros por excelencia de todo el grupo. Se aprovechaba el momento para organizar todo tipo de actividades comunitarias. Entre estas ocupaba un lugar privilegiado la instrucción. Las cartas de Pablo y los demás apóstoles que encontramos hoy recogidas entre los libros del Nuevo Testamento se leían probablemente en esta ocasión. Por eso tienen tanta importancia y viveza los saludos finales que aún se conservan: en la carta a los Romanos llegan a ocupar todo un capítulo. Algunas indicaciones parecen inequívocas al respecto: "Salúdense unos a otros con el beso ritual" (Rom. 16.16; 1 Cor. 16.20; 2 Cor. 13.12; 1 Tes. 5.27). "Recuerdos a los hermanos de Laodicea, a Ninfa y a la iglesia que se reúne en su casa. Cuando hayan leído ustedes esta carta hagan que también se lea en la iglesia de Laodicea, y la de allí léanla también ustedes" (Col. 4.15-16).

Esta costumbre está en la base de la actual liturgia de la palabra. Antes de pronunciar las oraciones sobre el pan y el vino, se leen algunos fragmentos de la Sagrada Escritura y en algunas ocasiones se explican y comentan.

Esta es una de las partes de la Misa más privilegiadas por las comunidades cristianas de base. Normalmente toda reunión comienza con una amplia y reposada lectura de la Biblia, seguida por un buen rato de comentario común. De estos intentos está resurgiendo una interesantísima lectura, a partir de la situación histórica concreta de cada comunidad. Allí los textos de siempre descubren matices nunca imaginados y el Jesús hierático del culto se vuelve a cubrir de carne, sangre, huesos y vida. Se podría decir en el sentido más auténtico de la palabra que el evangelio se "transubstancia" y resucita en esta Eucaristía.

Concretamente en Latinoamérica son muchas las comunidades que ven en Jesús al hombre que se ha esforzado, hasta dar la propia vida, en crear un mundo nuevo de igualdad y justicia. Su ejemplo inspira a numerosos grupos del continente que sufren y se comprometen en la lucha por un mundo distinto. Uno de los casos más conocidos es la experiencia llevada a cabo por Ernesto

Cardenal en el archipiélago nicaragüense de Solentiname. Las reflexiones allí expresadas admiran por su profundidad, sencillez y audacia. La sinceridad de su compromiso la han puesto de manifiesto los acontecimientos posteriores:

*"En Solentiname se sabía que no íbamos a gozar siempre de paz y tranquilidad si uno quería poner en práctica la palabra de Dios. Se sabía que la hora del sacrificio iba a llegar, y esa hora ya llegó... Ahora la represión que por tanto tiempo ha estado habiendo en el norte, ha llegado también a Solentiname. Una enorme cantidad de campesinos han sido llevados presos. Muchos han tenido que huir. Otros están en el exilio, recordando sus bellas islas con sus casas destruidas. Ellos todavía estarían allí llevando una vida tranquila, dedicados a sus ocupaciones cotidianas. Pero pensaron en el prójimo y en el país entero. Este es un ejemplo*

para todos" (Carta de Ernesto Cardenal al pueblo de Nicaragua).



Uno se siente tentado a decir que cualquier semejanza entre esto y nuestras actuales liturgias de la palabra es pura coincidencia. La evolución oficial de la liturgia ha asesinado la vitalidad del evangelio leído y comentado en grupo.

Parece que la cosa viene de lejos. Por las cartas de Pablo sabemos que las celebraciones de la Eucaristía en Corinto eran de un dinamismo tal que hacía falta la energía y habilidad de un director de debates para imponer el orden. La forma más fácil de lograrlo, y por desgracia la que comenzó a ensayarse, fue la de obligar al silencio absoluto. Las primeras víctimas de esta medida fueron las mujeres: *"Las mujeres guarden silencio en la asamblea; no les está permitido hablar. En vez de eso, que se muestren sumisas, como lo dice también la Ley. Si quieren alguna explicación, que les pregunten a sus maridos en casa, porque está feo que hablen mujeres en*

*las asambleas"* (1 Cor. 14.34-35). En otra ocasión en que se repite la misma amonestación se da un motivo de lo más pintoresco, y por supuesto inexacto, ya que confunde el mito con la historia: *"Porque Dios formó primero a Adán y luego a Eva. Además, a Adán no lo engañaron, fue la mujer quien se dejó engañar y cometió el pecado"* (1 Tim. 2.13-14).

Pero los hombres, que en un primer momento se debieron sentir de lo más orondos por esa discriminación a su favor, cayeron pronto bajo el mismo raser. Sólo el presidente de la Asamblea tiene derecho a comentar y aun a leer el evangelio. Los demás se ven forzados a escuchar con la boca cerrada, les guste o no les guste lo que oyen. Así se convierte una comunidad originalmente democrática, responsable y crítica, en una estructura piramidal en la que todos están llamados a servir de pedestal a la cúspide.

Es evidente que un tipo de liturgia participada como la que hemos descrito exige un replanteamiento de la función sacerdotal. De lo contrario se podría argüir que, aun queriéndolo, tal tipo de celebración es imposible. La desproporción entre sacerdotes y fieles hace que la mayoría de las Misas, sobre todo dominicales, cuente con audiencias numerosas y abigarradas con las que es imposible intentar nada coherentemente creativo. El modelo descrito sería por lo tanto una elaboración teórica y elitista de grupos cerrados.

Esto es verdad sólo por el planteamiento actual del sacerdocio. En un principio existían en la Iglesia dos funciones distintas y separadas que hoy han sido acaparadas por una misma persona: la de instructor y la de presidente del culto. La primera exigiría en los que son llamados a ella una formación más prolongada y especializada, mientras que la segunda exige ciertas cualidades humanas reconocidas y una consiguiente autoridad moral dentro del grupo.

Al identificarse las dos funciones nos encontramos con que sólo pueden presidir el culto personas a las que se exige —entre otras cosas— varios años de estudios, y el celibato. Con esto, paradójicamente, se impide muchas veces desempeñar cabalmente el oficio de instruir y evangelizar, ya que las exigencias sacramentales rutinarias de una parroquia absorben totalmente y llenan la vida entera de muchos sacerdotes.

Teóricamente la solución no sería excesivamente complicada. Comunidades cristianas naturales presentarían de entre ellas a sus candidatos para que presidieran el culto. La jerarquía eclesiástica procedería al examen, aprobación y nombramiento oficial de los nuevos ministros. La formación necesaria no sería demasiado larga. Hoy la mayoría de los organismos civiles preparan a su personal para labores mucho más sofisticadas en cursos intensivos de escasa duración.

Este mecanismo que ya se utilizó con éxito en los primeros siglos hasta para elegir a los Obispos, hoy se hace en la práctica extraordinariamente complicado por razones extrínsecas nada fáciles de desmontar.

Existe en primer lugar la oposición de la Institución eclesiástica que vería así su poder de vigilancia y control muy disminuido. Bajo el pretexto, no siempre falso, de tener que salvaguardar un mínimo de uniformidad y corrección, se retrasa indefinidamente el ensayo de pasos intermedios que posibiliten en un futuro no muy lejano la aceleración del proceso. La urgencia de las circunstancias está obligando con todo a dar algunos pasos tímidos en esa dirección: diaconado permanente, vicarías de religiosas, otros ministerios laicales.

Pero existe también, y muy fuerte, la oposición de la mayoría de los cristianos. El peso de la costumbre es tan grande y ha sido implantado con tales pretensiones de eternidad, que muchas de las actuales estructuras

han alcanzado la intocabilidad de un tabú. Inventar el futuro sería traicionar al pasado. Si además, como ocurre en realidad, el tabú ha sido reforzado con motivos de efectividad o ineffectividad religiosa (una Misa de difuntos que no es celebrada de tal y tal forma no sirve etc...) la inamovilidad de lo pasado se convierte casi en absoluta.

Se requiere por tanto una lenta y paciente labor de reaprendizaje. Si el caminar demasiado lento hunde en el estancamiento, el correr demasiado le separa a uno del grupo y lo deja solo. Cosa que ningún cristiano desea.

Por otra parte hace falta también sincerarse en números, con una cierta discriminación necesaria. Las religiones que, como ocurre con la católica en Venezuela, tienen el halo de representar la fe de la mayoría, recogen en su seno muchas creencias híbridas que de algún modo hay que examinar y discernir, a no ser que se tenga como meta absoluta absorber al mayor número posible de personas.

Una forma de lograr este discernimiento sería precisamente revivir la liturgia de la palabra en la forma que hemos descrito más arriba. Al fin y al cabo, lo esencial del cristiano no es que participe o no participe en determinados ritos, sino que viva o no viva el evangelio siguiendo el camino de Jesús. Y para eso hay que reconocerlo, asimilarlo, discutirlo, ponerlo en práctica.

Mientras permanezca la situación actual en la relación sacerdote-fiel, queda siempre la posibilidad de multiplicar los encuentros en torno al evangelio, aunque sea al margen de la celebración eucarística.

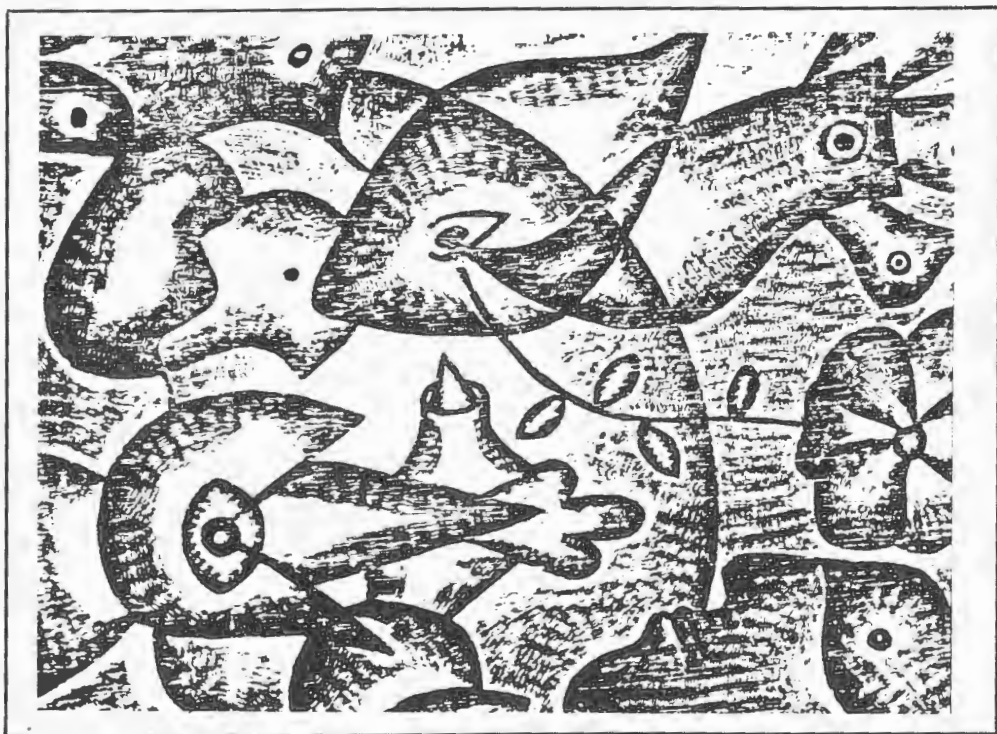


# PRESENCIA REAL

Todos los cristianos estamos convencidos de que en la celebración Eucarística, Jesús se hace presente de una manera peculiar. Sin embargo a lo largo de los siglos la expresión de esta presencia ha adquirido matizaciones diferentes. No siempre se ha explicado de la misma manera, ni se le ha dado siempre la misma importancia.

Ha influido aquí poderosamente el ambiente filosófico y cultural en el que cada uno se movía. Así descubrimos ya desde el principio en los primeros teólogos cristianos un énfasis diferente en las expresiones que utilizan.

Los occidentales están envueltos en la cultura romana que se distingue por su realismo pragmático y su precisión. No es casual el que hayan sido maestros del Derecho. Aquí se trata de eliminar toda ambigüedad y de no dejar un resquicio sin cubrir, ni un cabo sin atar.



Por eso los cristianos de occidente emplean expresiones realistas para describir la manera en que Jesús está presente en los elementos eucarísticos. Después de las palabras de la consagración el pan es el cuerpo de

Cristo y el vino es la sangre de Cristo. Se encuentran también, sin embargo, algunas expresiones más difusas que interpretan esta presencia de una manera simbólica. Así Tertuliano dirá en distintas ocasiones que el pan

es figura del cuerpo de Cristo, o que representa su cuerpo real.

Es este tipo de expresión simbólica el que predominará en Oriente. Allí la filosofía más utilizada es la platónica, que considera los seres visibles como imágenes imperfectas de las ideas reales que existen en otra dimensión. Lo que nuestros sentidos perciben como real es sólo una sombra de la auténtica realidad que sólo se puede percibir por medio de un entendimiento entrenado y disciplinado.

No les resulta difícil por lo tanto a los cristianos orientales hablar de los elementos o especies eucarísticas como apariencia de una realidad más profunda --el cuerpo y la sangre de Cristo-- que los sentidos no pueden captar y que sólo se percibe por la fe. Por eso este sector de la cristiandad será reacio a utilizar las expresiones inmediatas y realistas de occidente para explicar la presencia eucarística. Decir que el pan es el cuerpo de Cristo le suena a un pensador platónico como reduccionista. La presencia de Jesús es mucho más que su propio cuerpo. Así Orígenes --uno de los pensadores más capaces de esta tendencia-- considera que las expresiones occidentales sólo valen para los cristianos principiantes:

*"Este pan y este caliz (dados por Jesús en la Última Cena) los entiende la gente sencilla, según la interpretación más común, de la Eucaristía: pero los que han sido instruidos en una penetración más profunda de las cosas, pueden interpretarlo con relación a una promesa más divina que hace referencia al poder de alimentar que tiene la palabra de la verdad"* (Comentario del evangelio de Juan 32.24).

Lo que Jesús nos daría sería por tanto su enseñanza, su palabra de vida, su camino de salvación. Conviene resaltar que Orígenes

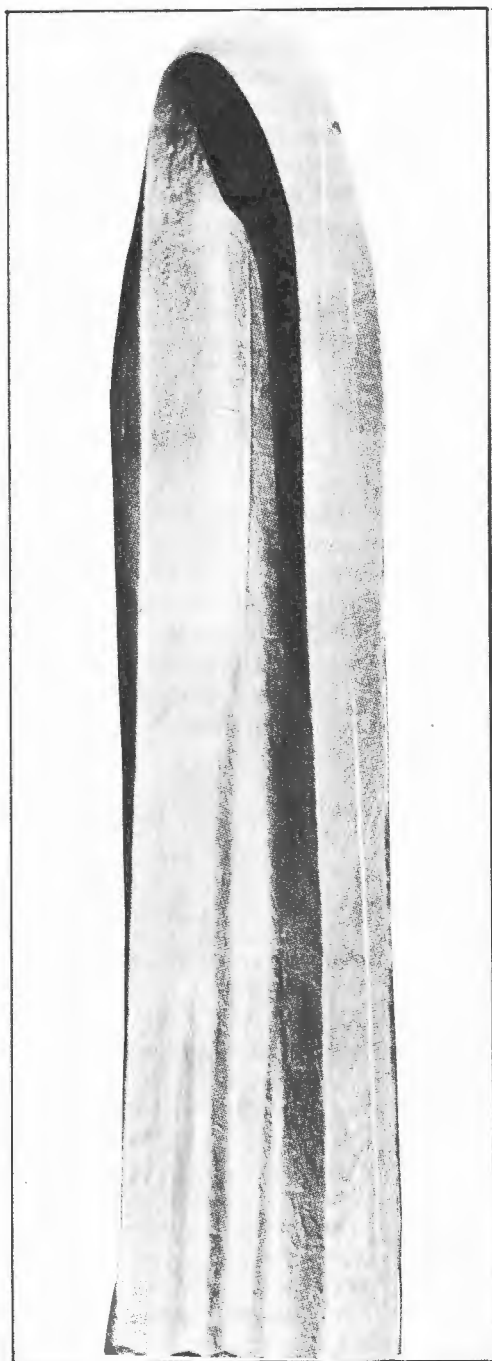
saca esta interpretación del evangelio de Juan (*"Yo soy el pan de vida. El que se acerca a mí no pasará hambre y el que tiene fe en mí no tendrá nunca sed"* 6.35), que hace referencia a su vez a otros textos del Antiguo Testamento (p. ej. *"La Sabiduría se ha edificado una casa, ha preparado un banquete, mezclado el vino, ha despachado a sus criadas para que lo anuncien: Vengan a comer de mi pan y a beber el vino que he mezclado"* Proverbios 9.1-5). Atribuir todos estos textos exclusivamente a la participación en la Eucaristía es no haber captado su sentido más profundo.

Pero tampoco faltan en Oriente formulaciones muy próximas al modo de pensar occidental. El culto eucarístico ocupó un lugar importante en los primeros siglos de la Iglesia y se habló de él bajo perspectivas muy diferentes. Es conveniente sin embargo resaltar estas dos insistencias --la realista y la simbólica-- porque son las que de una u otra forma se van a prolongar hasta nuestros días. La segunda incluiría a la primera, pero trataría de enriquecerla y en cierto modo superarla.

En efecto, ya en la Edad Media las dos interpretaciones que hasta entonces han llevado entre sí una coexistencia pacífica comienzan a entrar en conflicto. Influyen en este cambio de actitud problemas externos de política eclesiástica. En el s.XI se consuma un cisma o separación entre las ramas oriental y occidental de la Iglesia que ya venía amenazando desde varios siglos antes. Eso contribuyó a que cada una de las tendencias se hiciera más intolerante y tratase de acentuar más los puntos de vista teológicos diferentes, que hasta entonces habían sido mantenidos en silencio por bien de paz.

Una de las muestras más claras de esta intolerancia la tenemos reflejada en la controversia con Berengario de Tours. Este defendía que el pan y el vino tenían después de





la consagración un significado o sentido diferente, pero que en su ser permanecían iguales. Un Concilio Provincial celebrado en Roma el año 1059 obligó a Berengario a jurar que después de la consagración el cuerpo de Cristo puede ser *"tocado y roto por las manos del sacerdote, y triturado por los dientes de los fieles"*; expresión ultra-realista que hoy casi ninguno o ningún teólogo se atrevería a defender literalmente.

Estas disputas tuvieron como efecto negativo el centrar la atención exclusivamente sobre la problemática del cómo se efectúa la presencia, dejando en la penumbra otros aspectos más vitales y comprometedores. Por entonces surgió en Occidente una lumbrera que iba a representar por muchos siglos el modo de pensar de la iglesia occidental: Tomás de Aquino. Este contaba además con nuevas posibilidades de formulación, porque para entonces se redescubrió la filosofía de Aristóteles que podía competir en importancia con la de Platón, y que además se adaptaba mejor a la tendencia racionalista de Occidente.

Aristóteles distingue en los seres la substancia y el accidente. La primera permanece inmutable a través de los cambios y designa a la identidad del sujeto a lo largo de todos ellos. Los accidentes en cambio pueden estar y no estar, ser de una manera o de otra. En un hombre, por ejemplo, puede cambiar la fisonomía, la edad, la estatura, la ubicación geográfica. Todos estos cambios son accidentales. Pero substancialmente él sigue siendo la misma persona a lo largo de todos ellos.

De una forma semejante pero contraria dice Tomás de Aquino que en la consagración permanecen los accidentes de pan y vino (sabe a vino, huele a vino, tiene las propiedades químicas del vino), pero substancialmente ha habido un cambio. La realidad profunda no es el vino sino la sangre de Cristo. Como esto no se puede explicar con nin-

gún otro ejemplo parecido, esta teoría dice que los accidentes se mantienen sin su propia substancia natural por un milagro. Cada Misa es por lo tanto, para Tomás de Aquino, un milagro real, como el de convertir el agua en vino o el de multiplicar los panes y los peces.

Hubo también en Occidente por aquellos años intentos de recobrar la tradición simbólica de Oriente, pero éstos no fueron asumidos por la escuela oficial. Esta aceptación se hizo aún más difícil por el hecho de que quienes los defendían tenían puntos de vista bastante críticos sobre la estructura eclesial del momento. De hecho fueron condenados como herejes y con el tiempo desembocaron en el segundo gran cisma de la cristiandad que dividió al Occidente entre protestantes y católicos.

El Concilio de Trento que se reunió para tratar de solucionar el cisma, pero que de hecho fue quien lo selló definitivamente, definió que:

*por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Nuestro Señor, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. La cual conversión, propia y convenientemente fue llamada transubstanciación por la Santa Iglesia Católica" (Sesión 13, cap.4).*

Actualmente, con los nuevos descubrimientos de la física y con nuevas concepciones filosóficas, se ha visto la necesidad de replantearse esta formulación para tratar de ser fiel a su contenido original. La fidelidad literal a formulaciones antiguas puede ser la mayor traición. Con ello se daría pie a concepciones erróneas y contrarias a la intención de quienes formularon las definiciones, ya que las mismas palabras significan cosas distintas en el s.XVI y en el presente.

Bajo el punto de vista físico, por ejemplo, hoy ya no se habla de sustancia del pan

ni de sustancia del cuerpo. El pan y el vino son un conglomerado o mezcla de sustancias diferentes. Lo mismo, y con mayor razón por ser organismo vivo, se puede decir del cuerpo humano. El mantener por tanto la idea de una transubstanciación física obligaría a entrometerse en un laberinto irracional de conversiones substanciales múltiples y entrecruzadas sumamente complejas e incalculables.

Por eso la teología, recogiendo la auténtica tradición tomista, ha tratado de expresar la presencia de Cristo de forma distinta. La "sustancia" de la Eucaristía no sería algo físico sino metafísico, concretamente, la realidad profunda y metaempírica de las unidades de sentido "pan" y "vino". Esta realidad profunda, vista desde Jesús, es la voluntad especial que se realiza en ellas. Jesús quiso simbolizar su entrega por todos en el ofrecimiento del pan y del vino para que fuera compartido, comido y bebido por los allí presentes. Cuando los cristianos se reúnen para continuar ese gesto, el pan y el vino allí utilizados adquieren un sentido último diferente del que tienen en una comida normal. Por lo tanto, en sentido metafísico y teológico tienen una sustancia diferente para la fe.

Complementariamente, desde un punto de vista antropológico, el nexo de relaciones de las cosas con el hombre constituye el ser de lo existente y puede con razón llamarse sustancia. En la Eucaristía habría un cambio substancial porque el pan y el vino tienen para el que participa con fe un sentido y significado substancialmente distintos.

Cuando surgieron los primeros intentos de reformulación profunda hace unos años, el Vaticano tuvo miedo de que se volviera a una interpretación puramente simbólica y externa de la presencia de Jesús y escribió una encíclica alertando sobre los posibles peligros de esta tendencia ("Mysterium Fidei" 3.9.1965). Desde entonces se ha avanzado

mucho en matización y se han perfeccionado notablemente las nuevas formas de expresión. (Un esfuerzo muy completo, pero por eso mismo bastante árido y complicado, de esta nueva explicación se encuentra en E. SCHILLEBEECKX: *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, Fax, 1968).

Sin embargo, el cambio más profundo no ha estado en interpretar de manera distinta esta presencia real de Cristo en la Eucaristía, sino en colocarla en su contexto original. Si es verdad que hay un texto evangélico en el que Jesús dice sobre el pan "esto es mi cuerpo", no es menos verdad que en otra ocasión dice también "Donde estén dos o

tres reunidos en mi nombre, allí, en medio de ellos, estoy yo" (Mt. 18.20) Por eso se da una importancia mayor a la formación e integración de grupos cristianos que busquen a Jesús, que discernan los signos presentes de la actuación de Dios en la historia, que estudien y planifiquen cómo construir el Reino de Dios.

Esto puede traer como consecuencia el que parezca que determinados grupos cristianos dan menos importancia que antes a la Misa, y que la Misa diaria no sea ya uno de los puntales de la piedad de muchos cristianos profundos y convencidos. Ello no se debe a que se desprece la presencia de Dios, sino que se la toma tan en serio que no se la quiere reducir exclusivamente a una de sus manifestaciones. La celebración eucarística resalta mejor lo que esta presencia tiene de festivo y de don, pero con ello favorece también sus aspectos más pasivos, como si lo principal ya estuviese hecho, y bastasen unas palabras para convertir lo neutral en signo de una presencia.

La verdad sin embargo es mucho más compleja. La sociedad actual no es signo del Reino. Lo que se percibe en ella es más bien la ausencia de Dios. Los planes divinos de fraternidad e igualdad son pisoteados día a día por los planes humanos del lucro egoísta y la competencia por sacar más y más del fondo común para el propio provecho. Por eso muchos cristianos juzgan que hay que ser más sobrios en celebrar una presencia que aún está por crear, e insisten por el contrario en profundizar en esa presencia germinal de Cristo, tal como se da en un grupo que se reúne en su nombre para hacer realidad su deseo.

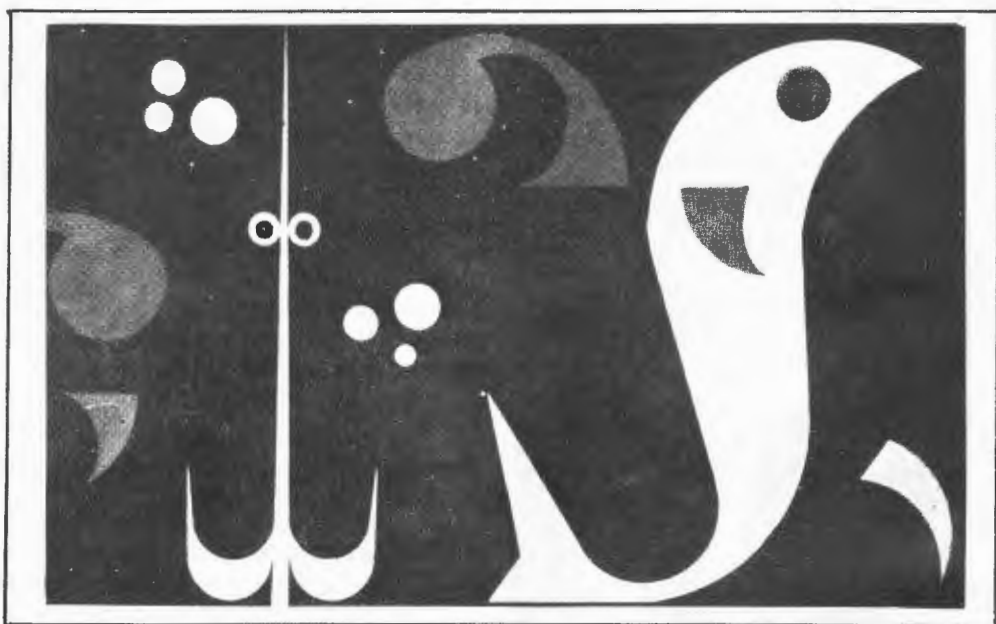
En este sentido, otro de los textos que más se suele utilizar es el de Mateo 25.31-46, donde Jesús nos dice que está presente en el hambriento, en el que tiene sed, en el marginado, en el desnudo, el enfermo, el prisione-



ro. Allí está tanto más presente que en el pan y en el vino, cuanto es más capaz el hombre que la materia muerta de reflejar esta presencia. Al fin y al cabo, el centro de nuestra fe no es la Eucaristía sino la Encarnación. Dios se ha hecho presente en el hombre. Es en su opresión donde vemos mejor representada la pasión de Jesús, y es en su liberación donde mejor celebramos su victoria. El pobre y el oprimido son, en el sentido más estricto y profundo, *sacramento* de la

presencia de Dios entre los hombres, aunque no estén incluídos en la lista oficial de siete sacramentos de la Iglesia, porque éstos se refieren única y exclusivamente a los signos del culto, que no son ni los más importantes ni tampoco los más exigentes.

Todo esto hay que tenerlo muy en cuenta cuando se habla de la presencia de Cristo en la Eucaristía.



## UNIDAD

*“En el sacramento del pan eucarístico se representa y se reproduce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo” (Concilio Vaticano II - Constitución sobre la Iglesia n.3). “Como hay un solo pan, aun siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos y cada uno participamos de ese único pan” (1 Corintios 10.17).*

Una de las convicciones más profundas de la tradición sobre la Eucaristía es que ésta es signo y causa de unidad. Al reunir a todos en torno a la misma mesa simboliza la unidad que existe entre los cristianos y a su vez la refuerza.

Sin embargo, la unidad es un concepto múltiple que abarca infinidad de géneros y matizaciones. Muchos cristianos se preguntan hoy si la Iglesia en el presente no estará insistiendo en las expresiones de unidad menos significativas, dejando en cambio de lado las más fundamentales.

Hasta hace poco, por ejemplo, se insistía mucho en la unidad de lengua. Como es bien sabido, hasta el Concilio Vaticano II todas las Misas de rito occidental se decían en latín. Una lengua que nadie entendía pero que nos religaba a los orígenes de ese mismo rito y nos identificaba con millones de personas que en diversas partes del mundo hacían los mismos gestos y decían las mismas palabras.

Aun hoy los partidarios de la Misa en latín invocan la belleza y profundidad de este signo externo de unidad. Antes se podía viajar a cualquier parte del mundo y sentirse en casa al entrar en una iglesia. Allí todo sonaba idéntico.

La mayoría, por el contrario, piensa que no es ésta la unidad que hay que conservar. La multiplicidad de lenguas podría expresar igualmente la universalidad de la fe que, como en Pentecostés, habla de mil modos pero late con el mismo corazón. Expresaría igualmente esta variedad la capacidad de la fe cristiana de adaptarse a diversas culturas y encarnarse en ellas, en vez de disecar los valores autóctonos bajo el raso inmisericorde y empobrecedor de la uniformidad cultural y lingüística.

Aunque este tipo de unidad ya ha desaparecido, existen todavía vestigios de unidades que consideramos poco significativas. Una es por ejemplo la del rito. Actualmente se insiste a nivel oficial en la unidad del rito. Se podrían utilizar diversas lenguas, pero al fin y al cabo todas serían traducción oficial del mismo texto latino. Además, por supuesto, los gestos y acciones serían iguales en todas las partes del mundo. Esta uniformidad expresaría que participamos todos de la misma y única eucaristía, aunque las circunstancias nos obliguen a multiplicarla en distintas representaciones.

Pero hemos dicho ya anteriormente cómo muchas comunidades ven la unidad de las diversas celebraciones en algo mucho más nuclear y profundo. Todas ellas nacerían de un deseo de continuar el gesto de entrega de Jesús. La expresión externa de este espíritu se adaptaría, sin embargo, a las circunstancias y vicisitudes concretas de cada grupo.

Existe por fin otra expresión multiscalar de unidad que en nuestros días se encuentra bajo el fuego de la contestación. Es ésta la asistencia a la Misa del domingo.

Ya hemos indicado antes cómo surgió esta costumbre. En un principio las comunidades cristianas se reunían con frecuencia para "partir el pan", pero ya desde el principio adquirió un valor especial la celebración del domingo o primer día de la semana, porque en él se recordaba la victoria de Jesús sobre la muerte. Los escritos del Nuevo Testamento ya lo resaltan: "*El domingo nos reunimos a partir el pan*" (Hechos 20.7); "*Los domingos ponga aparte cada uno por su cuenta lo que consiga ahorrar*" (para ayudar a los cristianos pobres de Jerusalén) (1 Corintios 16.2); "*Un domingo me arrebató el Espíritu*" (Apocalipsis 1.10).

En estos primeros tiempos no se hablaba del descanso, porque los cristianos estaban en minoría y sometidos a las leyes laborales de la propia nación. Tampoco se

mencionaba ninguna obligación especial de asistir a Misa, porque en esos primeros momentos de intensa vivencia comunitaria la presencia era espontánea. Por otra parte era normal que, al considerar a esta reunión semanal como sustituto de la reunión judía del sábado en la sinagoga, se trasladase a ella inconscientemente la obligación que pesaba sobre aquélla. Ya Justino, en el s. II, habla de una "reunión común de todos", y un concilio provincial celebrado en Elvira (actual Granada) hacia el año 300 reprende a los pezones que no asisten a este acto. Cuando más tarde la Iglesia alcanzó una situación de privilegio en el Imperio se llegó a castigar a quienes no asistían a la Misa o no respetaban el descanso que entonces se impuso.

Hoy esta práctica ha entrado en crisis. Lo peculiar de esta crisis es que no afecta únicamente a los que se han enfriado en su fe, sino que envuelve también a muchos cristianos convencidos. Las razones que éstos alegan son fundamentalmente las siguientes.

Lo que se pretendía con esta regulación —que ha llegado en la moral tradicional a imponerse bajo pecado mortal, es decir, bajo pena de condenación eterna—, era mantener una cierta regularidad en la celebración según el ritmo del calendario, y reunir en determinadas ocasiones a todos los creyentes. Pero las Misas actuales de los domingos no son la única forma de lograr los fines anteriores.

De hecho hoy la comunidad cristiana natural no es ya para muchos la parroquia. Allí se sienten desconocidos y anónimos. Las Misas son absolutamente descomprometidas y pasivas. La participación es puramente formal: se limita a algunos cantos, lecturas y respuestas rituales al sacerdote. Allí no acontece nada. Para colmo, con demasiada frecuencia hay que estar escuchando unas homilías interminables y sobrecargadas de con-

ceptos con los que se está en absoluto desacuerdo. Aquello pues, más que una celebración festiva se convierte en un tormento.



Por eso, cada vez más, las comunidades de base han creado sus propias celebraciones con su ritmo propio. Si la cercanía de un sacerdote les permite tenerla en domingo, cuando las urgencias de tiempo son menores, no tendrán ningún inconveniente en hacerlo. Pero muy a menudo las circunstancias les obligarán a tener ese encuentro entre semana. Esa será para ellos la liturgia que alimenta a la comunidad y expresa sus ideales comunes. Allí se plantean las preocupaciones y problemas de la semana, y en común se trata de hacer luz sobre ellos. La participación constante en este tipo de encuentros suele terminar por imposibilitar, de hecho, la asistencia regular a las celebraciones de una parroquia tradicional. Por supuesto, la condenación eterna con la que les amenazan los cánones, la consideran despreocupadamente como una intromisión del Derecho en un terreno donde lo único que puede y debe hacer es callar.

Pero hay aún más. Muchos de los cristianos más conscientes acusan a las asambleas litúrgicas normales de encubrimiento. Bajo el manto superficial de una unidad exterior en la fe se ocultan profundas divisiones personales y sociales. Estas no sólo quedan enmascaradas en la Misa, sino que terminan por quedar consagradas. Participamos del mismo pan, encubiertos por el anonimato y el desconocimiento mutuo, quienes en la vida estamos profundamente divididos. Nuestro saludo de paz, no pasa de ser un gesto convencional.

El problema surge ya en las primeras celebraciones, en tiempos de los apóstoles, pero entonces las circunstancias hacían más difícil la trampa. Hemos mencionado ya cómo Pablo tuvo que llamar la atención a la comunidad cristiana de Corinto, porque la comida "fraternal" que precedía a la fracción del pan había degenerado en una competencia de corrillos donde los privilegiados daban en la cara con su despilfarro a los que nada tenían. Ya para entonces se comenzaba a no estar dispuesto a compartir.

Santiago recrimina a otro grupo de cristianos por una actitud semejante:

*"Supongamos que en su reunión entra un personaje con sortijas de oro y traje flamante y entra también un pobretón con traje mugriento. Si atienden al del traje flamante y le dicen 'Siéntese aquí cómodo', y dicen al pobretón 'Tú quédate en pie o siéntate donde puedas' ¿no han hecho discriminaciones entre ustedes? ¿No son los ricos quienes les oprimen y les arrastran a los tribunales? Esos favoritismos son pecado" (2.2-10).*

Con el paso del tiempo y el crecimiento del número de cristianos fue más fácil soslayar este inconveniente. Los ricos y los pobres fueron a distintas iglesias y se pudieron presentar con la cara levantada ante el mismo Dios sin que les retumbara en los oídos su pregunta: "Caín ¿qué has hecho de tu hermano?" Ya Gil Fortoul nos dice que en tiempo de la Colonia "los domingos y fiestas



podía verse en los templos de Caracas un cuadro vivo de las castas. A la catedral concurrían preferentemente los blancos; a la iglesia de Candelaria, los isleños de Canarias; a Altagracia, los pardos, y a la ermita de San Mauricio los negros” (Historia Constitucional de Venezuela, Libro I, cap.III p.94, Caracas, 1967).

Algo semejante ocurre en nuestros días. La nación se debate entre los extremos del despilfarro y la miseria, y nuestras celebraciones litúrgicas cierran los ojos a esta ofensiva realidad. Escondemos a Jesús sacramentado en sagrarios dorados cuando tanto Cristo vivo habita en tugurios; utilizamos vajillas de metales preciosos cuando miles de venezolanos no tienen diariamente qué llevarse a la boca; nos revestimos con ornamentos recamados cuando hay tanta gente desnuda. Y lo que es peor, esos sagrarios, esas vajillas, esos vestidos, nos los han regalado más de una vez beneméritos bienhechores

que explotan a los que no tienen casa, comida, ni vestido. Esto es más de lo que muchos pueden soportar.

La Eucaristía será signo de la unidad de los cristianos cuando no refleje en su misma celebración estas odiosas contradicciones. Más aún, cuando las denuncie y las destruya. Claro que entonces la apacible unidad presente quedará arruinada. Saldrán a la superficie las raíces profundas del malestar actual. Pero así tiene que ser. La unidad auténtica atraviesa por la dialéctica del conflicto; no se da por supuesta, sino que se construye; no se obtiene ocultando la realidad sino sanándola.

Jesús, que es el único posible centro de unidad de los cristianos, puso en crisis las estructuras religioso-políticas de su época. Su presencia sacramental, si quiere seguir manteniendo una referencia directa al Jesús del evangelio, tendrá que hacer lo mismo.





# CONCLUSION

La Eucaristía no es un rito. No es una ceremonia estática y regulada en todas sus partes. No es un ensalmo mágico que necesita ser efectuado con una exactitud matemática de gestos y palabras para que produzca sus efectos.

Más bien es una necesidad que surge de una vida cristiana comprometida y que se reorienta a alimentar una entrega absoluta a los demás.

Por eso mismo tampoco es un lujo inútil. La seriedad y urgencia de los problemas que acosan al mundo, no sólo no impide este tipo de encuentros, sino que los exige. Es preciso que encontremos tiempo para retomar comunitariamente el evangelio, que da sentido, fuerza y cohesión a cualquier grupo cristiano, para descubrir nuestro propio camino tras las huellas imprecisas y a menudo borrosas del Espíritu de Jesús. Hay que contrastar inspiraciones personales para planificar una estrategia. En este contexto tiene un sentido profundo el recordar en signo los extremos a los que llegó la entrega de Jesús, que son los extremos a los que está llamada a llegar la nuestra. De ahí el que, también en signo, alimentemos nuestra unión y nuestras utopías con un banquete común.

Tampoco es la Eucaristía una obligación del cristiano. Cuando algo que debería formar parte de la propia vida se convierte en una carga, quiere decir que ha perdido su significación primera y debe ser transformado o suprimido. Algunas de las Misas tradicionales cuentan aún con cierto número de asistentes, porque a muchos de ellos les atena aún inconscientemente el miedo del pecado con el que les han amenazado. Mal anda una familia donde los hijos vuelven a casa a punta de pistola.

La Eucaristía es un sacramento, es decir, un símbolo. Es una representación nuclear de la vida. Originalmente la palabra Eucaristía es un vocablo griego que significa acción de gracias. En los primeros siglos del cristianismo, cuando los creyentes componían un grupo minúsculo, era ésta la sensación predominante. Acción de gracias porque Dios se había revelado en la historia, y con ello germinalmente ya la había salvado; acción de gracias porque el cristiano se sen-

tía conocedor de ese misterio y llamado a descubrirlo y prolongarlo en el mundo.

Quizás hoy las circunstancias han cambiado un poco. En nuestros días las impresiones predominantes son diversas. Han pasado muchos siglos, nos hemos hecho mayoría, ha habido épocas de la historia en las que los cristianos hemos tenido la iniciativa casi absoluta... pero el mundo aún no está salvado. A ratos acosa la tentación de que hemos perdido nuestra mejor ocasión. Ahora volvemos otra vez a ser minoría, pero sin el entusiasmo del comienzo. Ahora las fuerzas del egoísmo han perfeccionado de tal manera sus mecanismos de pervivencia, que su transformación parece imposible.

Nuestras Eucaristías hoy nos acercan un poco más al sentido evangélico de la Última Cena. Un grupo de amigos que tienen la humorada de reunirse la víspera de su aniquilación con un sentimiento confuso de que lo que va a pasar al día siguiente no tiene por

qué ser la última palabra. De hecho no lo fue. Cristo vive aún y su mensaje arrastra todavía. Pero la sensación de apretura y angustia también sobrevive. La resurrección de Jesús es el revivir de una esperanza. El futuro está más adelante.

*“Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús,*

*para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo. Así la muerte actúa en nosotros y la vida en ustedes” (2 Corintios 5.8-12)*

Este transmitir la vida a costa de la propia muerte, reflejada día a día en los pequeños detalles y en las grandes decisiones heroicas, es lo que da sentido a nuestra Eucaristía. En ella proclamamos que la unión y la entrega son capaces de salvar al mundo.



# **CURSO DE FORMACION SOCIO POLITICA**

- 1: ¿Qué vas a hacer con tu vida?
- 2: Análisis Socio-Político de Venezuela
  - a) Período Colonial
- 3: Análisis Socio-Político de Venezuela
  - b) Siglo XIX
- 4: La Educación en Venezuela
- 5: Análisis Socio-Político de Venezuela
  - c) Siglo XX
- 6: Realidad Venezolana
- 7: ¿Dónde está Venezuela?
- 8: Los Medios de Comunicación en Venezuela
- 9: Análisis Socio-Económico de Venezuela
- 10: Los Cristianos ante las Injusticias Sociales
- 11: Los Partidos Políticos de Venezuela
- 12: Venezuela y el Petróleo
- 13: La Nacionalización del Hierro
- 14: La Propiedad Privada: Iglesia, Capitalismo - Socialismo
- 15: Cristianismo y Socialismo
- 16: Historia de la Lucha Armada en Venezuela
- 17: La Agricultura en Venezuela
- 18: El Productor Venezolano
- 19: Relaciones entre U.S.A. y Latinoamérica
- 20: La Corrupción en Venezuela

# ¡complete su colección!

nuestro fondo editorial  
lo encontrará en la



**DISTRIBUIDORA**  **ESTUDIOS**

**30%** DE

DESCUENTO ESPECIAL PARA

**LIBRERIAS**

## dirección

TORRE BANDAGRO, local 1

Jesuitas a Mijares

Apartado 2.885

CARACAS - 101

Tfnos. 81.33.55 y 81.12.35



**LA EDUCACION EN VENEZUELA**

F. JAVIER GUPLA



CURSO DE  
**FORMACION SOCIO-POLITICA** 4



**LUCHA ARMADA**

1960 - 1969

**EN VENEZUELA**



**SOCIO-POLITICA** 16



**OS Y AMERICA LATINA:**

**ELACIONES**



PETROLEO

CAFE

AZUCAR

DERECHOS HUMANOS

BANANOS

DICTADURAS

CUBA

CANAL DE PANAMA

**SOCIO-POLITICA**

P.V.P.

P.V.P.

Bs.:

• 00